



Código documento: 052cas
Nombre documento: Relatos y cuentos: La cuerda de locos
Idioma: Castellano
Fecha creación: 22 de diciembre de 2009
Autor: Gregorio de Zaragoza

La cuerda de locos

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... qué tontería estoy haciendo con eso de contar los pasos y comprobar los ritmos. A mí ¡qué más me da! si hago cinco como si son cincuenta Km. por hora o tantos pasos por minuto, se nota que estoy aburrido de tanto ver la misma encina, desde hace ya varios kilómetros. A derecha e izquierda del rectilíneo Camino no hay más que graveras y campos planos, solo se aprecia la curva de la forma del planeta, allá en el horizonte convexo.

Piedras, pequeñas, menudas y medianas y entre medianas y grandes y grandes y más grandes, pero no son piedras cualquiera, ¡son cantos rodados!. Yo, con mis escasos conocimientos, me pregunto de donde habrán salido esos cantos rodados que lo inundan todo, se supone que estamos en la meseta y esto debería de ser tierra fértil como la de Tierra de Campos, pero no, esto es el páramo, entre Carrión y Calzadilla, dos puntos en el mapa, unidos por una línea recta que es la traza histórica del Camino de Santiago, y si el páramo es áspero y pedregoso, el Camino también.

Puedes aparentar decidido ya que puedes quitar la vista del horizonte sin miedo a perder el rumbo, casi no necesitas ver el Camino para intuirlo, llano y recto en los próximos kilómetros.

Pero aunque no mires la ruta y vayas entretenido contando los pasos, no puedes despistarte del suelo, ya que el camino transitable para un peatón, se reduce a una estrecha senda en el lado derecho de la pista en sentido Calzadilla, y no está del todo libre de las asesinatobillos piedras del Camino.

Son piedras pequeñas, piedras ligeras, guijarros humildes del Camino a los que quiere parecerse el poeta, León Felipe, el que nos recuerda que tienen la personalidad propia del pueblo llano, al no servir ni como piedra de un castillo, ni de una iglesia, ni de una audiencia. Piedras sencillas que han pisado, arrancado de la tierra, empujado, arrastrado o ignorado miles y miles de peregrinos, tantos peregrinos que de haber cogido una cada cual ya no sería pedregoso el Camino y lo sería menos el páramo.

Si te paras a mirar con detenimiento ves que no todo el paisaje es igual, a la izquierda se llegan a ver construcciones, posiblemente de Cervatos, al lado del Camino hay una acequia que ha facilitado el crecimiento de algunos arbustos de bajo porte, a la derecha a lo lejos ves algún edificio agrícola y al frente, junto a un cruce de pistas, una nave con aspecto de estar en desuso.

Es por la mañana, hace mucho frío, un frío intenso que cae sobre los hombros como una losa de frío mármol, el cielo está pesado y gris, no corre el viento y parece que va a nevar de un momento a otro, de hecho cae aguanieve de vez en cuando, el tiempo y el paisaje te hacen avanzar sin entretenerte demasiado, pero hace rato que estás viendo a un extraño grupo. Bueno, de momento has visto un grupo y conforme te vas acercando a él, te va pareciendo que sus componentes actúan de forma extraña, van en parejas, sujetos el de atrás al de delante por un brazo extendido y rígido. De haber ido en fila, la visión me hubiera transportado a la Edad Media y en concreto a la vista de una de las muchas cuerdas de ciegos que transitaban los caminos y en especial el de Santiago, esto mas bien parecía un juego infantil desarrollado por adultos o un grupo de ciegos con sus correspondientes guías.

Por un lado me intrigaba la visión y por otro ciertos celos me animaban a permanecer alejado suficientemente de ellos, sin pasarles. Por su lado, ellos no parecían haberse percatado de mi presencia o al menos no le daban ninguna importancia. Se pararon.

Uno de ellos organizó y colocó a las seis parejas, luego manipuló algo en las cabezas del resto, a la vez que daba instrucciones en voz alta y en tono más o menos jocoso, mientras yo aminoré el paso y me senté al borde del Camino, cobijándome entre la capa de agua y un arbusto con algo más de porte que el resto. Observaba al grupo, ellos no se volvieron para mirarme.

A los cinco minutos reemprendieron su torpe marcha pero con más torpeza, si cabe, de lo que venían haciéndolo, se desviaban considerablemente del Camino y el que iba solo debía de reconducirlos constantemente al curso. Al final me decidí y aceleré un poco la marcha para pasarles.

- Buenos días.

Me respondían en portugués, mientras se lanzaban acusaciones e incluso algún insulto de pequeño calibre:

- Buenos días. Parece como si el ciego fueses tú. ¿Es que no miras por donde andas?
- Si no haces más que empujarme constantemente, ¿cómo voy a ir bien?, buenos días, buenos.
- Buenos días - dije a la altura del que iba suelto- ¿Es esto alguna competición o algo parecido?

Y en portugués también, me contestó:

- Buenos días, es una prueba pero no una competición.
- Pues nada, les dejo, buen Camino.
- Hasta la vista, buen Camino.

Los doce que caminaban en parejas, iban con los ojos vendados, sin posibilidad de ver nada, estaban cegados, lo curioso es que unos hacían de lazarillos de los otros, y no desvelaban su igual condición de ciegos. El que iba solo observaba a las parejas e incluso, de vez en cuando, ponía en marcha una pequeña grabadora que sacaba del bolsillo. Nadie llevaba mochila voluminosa, como máximo una pequeña mochila para el día y no parecían tener ninguna prisa. Les sobrepasé sin apenas acelerar el paso y los fui dejando atrás sin perderlos de vista debido a las condiciones del Camino.

En la gran encina me paré a tomar un bocado y entonces me adelantaron saludando, ya no iban vendados, parecían animados y conversaban en voz alta y de forma algo caótica.

Desde la gran encina ya queda poco para llegar a Calzadilla, a donde llegué a primera hora de la tarde. El albergue estaba cerrado, me indican que las llaves las tienen en el hostel, al final del pueblo. Voy a pedir las allí me encuentro a los "cegados" del Camino, que resultaron ser brasileños. Nuevos saludos.

Vuelvo al albergue, era el antiguo, lo que quiere decir que se dormía en unos colchones en el suelo de dos habitaciones y que no había agua caliente en las duchas, ni calefacción, ni nada más que la hospitalidad de un pueblo pobre. Me aseo, dejo colocado un colchón con la mochila, me abrigo lo que puedo y voy al hostel. Hay calefacción, no pasaré frío y podré escribir algo.

En el hostel, mientras tomo unos vinos y escribo en mi diario, se me acercó el brasileño que iba sin venda en los ojos y entablamos conversación. Por él supe el sentido de lo que había visto.

Somos brasileños, soy psiquiatra y como en otras ocasiones anteriormente, he formado un grupo de terapia para venir al Camino de Santiago, estos doce son enfermos en tratamiento y algún familiar. Nuestro objetivo es aprovechar esta especie de vacaciones para realizar ejercicios de convivencia, ya que la mayor parte de los enfermos, lo son de conducta o de adicciones.

Esta mañana estábamos realizando un ejercicio por el Camino, al principio, los más decididos iban vendados y los menos los guiaban como podían, luego han cambiado las tornas, los menos decididos se dejaban guiar después de cegados, al poco de ir andando y sin que ninguno de los guías pudiese decir lo que ocurría, les he vendado los ojos a todos, y han seguido guiando cegados a otros cegados.

Me imaginé el cambio sufrido por todos ellos: En una etapa rectilínea, de repente dejar de ver el Camino y el horizonte y no tener más referencia que el hombro del compañero en el que debes de confiar, si es posible sin reproches. Y qué decir del guía que ha perdido la vista y sin excusas, debe de continuar con su labor, aguantando las críticas del conducido si estas se producen. Por otro lado no consigo ponerme en la situación del psiquiatra, ¿qué lecciones pretende que reciban sus enfermos?, ¿qué aprendizajes se pueden recibir de la falta de visión, de luz?, ¿cómo se puede medir la confianza, para que esta no sea temeraria?, ¿de qué depende que tú confíes "ciegamente"? Son preguntas que seguro que alguien les podrá dar una respuesta adecuada o al menos convincente, pero en ese día experimenté el miedo a perder la luz, la guía del Camino, la decisión a favor de los valores, la confianza en los seres humanos.

Gregorio de Zaragoza